

RESEÑAS

DIEGO A. BARREYRA FRACAROLI Y GREGORIO DEL OLMO LETE (eds.), *Reconstruyendo el pasado remoto. Estudios sobre el Próximo Oriente Antiguo, en homenaje a Jorge R. Silva Castillo/Reconstructing a Distant Past. Ancient Near Eastern Essays in Tribute to Jorge R. Silva Sastillo*, Serie Aula Orientalis-Supplementa, Barcelona, AUSA, 2009.

Este volumen-homenaje, publicado en la serie Supplementa de *Aula Orientalis*, en España, consta de un prólogo, a modo de semblanza y ofrenda, dedicado a este pionero en la asiriología en México, que fue Jorge Silva; también incluye una bibliografía del profesor homenajeado. Dirigida a un público especializado, esta obra, que representa un esfuerzo editorial internacional, comprende un total de 18 contribuciones escritas en inglés, francés y español, por colegas, amigos y estudiantes formados por Jorge Silva en el área de Medio Oriente, en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

Se trata de trabajos algo heterogéneos, en donde los autores respectivos abordan temáticas muy diversas, relacionadas con varios aspectos de diferentes periodos del Próximo Oriente Antiguo. Las distintas maneras de reconstruir el pasado del área están plasmadas en algunos análisis cortos y otros trabajos más amplios, tanto sobre Mesopotamia como el Egipto Antiguo, entre los cuales, por razones de espacio, sólo mencionaré y destacaré algunos. Los autores basan sus interpretaciones en el estudio de diferentes tipos de fuentes documentales, desde cartas, poemas y mitos, mapas, registros sobre tablillas y de pasajes de la Biblia, y sólo un trabajo es de corte arqueológico.

Este último, de la autoría de Jordi Vidal y Juan Luis Montero Fenollós, versa sobre el sistema de fortificación de Tell Abu Fahd, un sitio ubicado en la orilla izquierda del Éufrates Medio, en Siria, explorado en trabajos de campo entre los años de 2005 y 2007, como parte de un proyecto arqueológico medio, coordinado por la Universidad de Coruña, en España, y la

Dirección General de Antigüedades y Museos de Damasco, en Siria. Aquí se describe el sistema de fortificación, conformado por murallas, torres de vigilancia, accesos y el foso, que de acuerdo con la cerámica encontrada, data del periodo de la Edad del Bronce Medio II y que fue construido como adaptación arquitectónica a la guerra de asedio de este periodo.

Varios análisis incluidos en el volumen se centran en aspectos léxicos de idiomas del área. En su contribución sobre listas léxicas de Mesopotamia, Miguel Civil revisa el vocabulario utilizado en tablillas de aprendizaje, para la capacitación de escribas, mientras que Lluís Feliu y Adelina Mollet analizan textos babilonios antiguos, que mencionan profesionales del mundo del entretenimiento, como son, en este caso, acróbatas y luchadores. Otro estudio por el estilo es el de Florence Malbran-Labat, que versa sobre la “estratigrafía del vocabulario acadio”, el cual, de acuerdo con la autora, refleja los diferentes estratos de campos léxicos de la población mesopotámica a lo largo de sus 3000 años de evolución, y muestra una gran vitalidad, así como capacidad de adaptación a circunstancias nuevas con pueblos diferentes que le dieron improntas nuevas. A su vez, en el análisis titulado “Hurrian as a Living Language in Ugaritic Society”, Juan Pablo Vita examina textos lexicográficos y alfabetos encontrados en excavaciones arqueológicas en Ugarit, Ras Shamra y Qatna, que son fundamentales para el estudio de la lengua hurrita; el autor pone de relieve la importancia de este idioma como una lengua viva o cotidiana en la sociedad de Ugarit.

Por su parte, en su análisis titulado “Fear of Census. State Policies and Tribal Ideology in the Mari Kingdom during the Period of Samsi-Addu”, Diego Barreyra examina los censos estatales realizados, principalmente, de los hombres adultos, para propósitos militares, aun cuando probablemente fueron hechos en el contexto ritual de la redistribución, y encuentra, en algunas cartas pero también en pasajes de la Biblia, indicios de la resistencia de la población tribal a estos censos. Pone así al descubierto que en el proceso de la formación del Estado chocan dos ideologías diferentes: la tribal y la estatal.

Marcelo Campagno, en su trabajo sobre “Parentesco y Estado en los conflictos entre Horus y Seth”, señala que relatos míticos de los antiguos egipcios, como los que vinculan a

los dioses Horus y Seth, han dado lugar a diferentes tipos de interpretaciones, sobre todo por parte de estudiosos de las religiones, pero también desde el campo de la semántica e incluso del psicoanálisis, además de estudios históricos y antropológicos en que, desde una perspectiva estructuralista, se ha tratado de trazar las formas del parentesco y las estructuras subyacentes al panteón de dioses egipcios; pero también se han efectuado estudios de mitología donde, desde una corriente evhemerista, se ha sugerido que los relatos míticos reflejan acontecimientos o dinámicas sociales del pasado, delineando de esta manera conflictos entre Horus y Seth que habrían desembocado en la primera unificación del Valle del Nilo, pero, según afirma el autor, ello no está atestiguado en los datos arqueológicos y de otro tipo, ya que el Estado surge primero en el sur de Egipto, en tanto que la cosmovisión sí refleja una percepción de dualidades y, como advierte, la importancia del parentesco no desaparece cuando surge el Estado; tiende más bien a mantener su capacidad de articulación en ámbitos específicos, como son las propias elites y las comunidades campesinas, apreciación muy atinada ya que en críticas recientes a las definiciones tradicionales y las reevaluaciones de las anteriores visiones monolíticas y unitarias de los Estados antiguos se ha visto que éstos ni eran tan centralizados e integrados como se suponía en los modelos occidental o centristas, basados en los modernos Estados-nación, que también presuponían que la base territorial habría sustituido la del parentesco, cuando ahora vemos que éste sigue siendo un componente importante de las formaciones estatales tempranas, en el conjunto de las civilizaciones antiguas, tanto del Nuevo como del Viejo Mundo.

Campagno subraya al respecto que en el Antiguo Egipto el parentesco y el Estado ocupaban un lugar decisivo, y en conjunto proporcionaban las lógicas básicas de la organización social; procede, entonces, a proponer un análisis diferente al del historicismo: es decir, no del mito a la historia sino de la historia al mito, para así esbozar los modos específicos en la articulación del parentesco y el Estado; y analiza en esta tónica tres versiones distantes en el tiempo de las disputas judiciales entre Horus y Seth: los *Textos de las Pirámides*, la *Contienda entre Horus y Seth*, así como la *Teología Menfita*, contenida en la

Piedra de Shabaka, todo ello con base en una perspectiva histórico-antropológica según la cual el mito no constituye una “forma rudimentaria de la historia” sino una práctica discursiva específica, perspectiva que, tal como concluye el autor, busca determinar en los textos “las huellas de los parámetros centrales que organizaban el mundo de quienes los pensaban, los escribían y los vivían como núcleos fundamentales de la existencia misma del cosmos” (p. 41).

En su capítulo sobre algunas obras literarias pesimistas del Medio Oriente Antiguo, José Carlos Castañeda relata que conoció al profesor Jorge Silva en 1984, cuando inició los estudios de maestría en el CEEA y cuando el homenajeado en este volumen se desempeñaba como director de este Centro de Estudios. El autor agradece al profesor la valiosa orientación académica recibida y su apoyo incondicional para su desarrollo profesional, aunque, como indica, se apartó de Mesopotamia y enfocó su carrera principalmente a la egiptología, habiendo sido así su “discípulo descarriado”. Citando a Georges Posener, Castañeda especifica que parte de que la literatura puede ser explotada de manera sistemática por la historia y a través de los temas reflejados permite comprender mejor los problemas políticos de la época y descubrir los conflictos de opinión, así como trazar el movimiento de ideas, de manera que literatura e historia se enriquecen mutuamente. Jorge Silva afirma:

la literatura no es únicamente un recurso de última instancia en el estudio de la historia social y de hecho ha sido de gran utilidad para iluminar periodos de la historia universal ampliamente documentados en otras fuentes [...] los datos suministrados por las obras literarias pueden ayudar a elaborar una interpretación sociológica de la historia, meramente de acontecimientos.

De allí, justamente se desprenden los intereses y las preocupaciones centrales de Jorge Silva en la historia social, tal como también lo subrayan los editores de este volumen en el prólogo.

La literatura, entonces, en la medida que recoge problemas y alegrías de la vida cotidiana, también da cuenta de los grandes procesos históricos de cambio o de estancamiento social y de allí la importancia del estudio social o sociológico de la li-

teratura, como lo es, por ejemplo, la literatura pesimista, que analiza el autor en su contribución, en primer lugar de la “época oscura” del periodo casita en Mesopotamia, en la cual pueblos extranjeros vinieron a modificar diversos rasgos de la civilización legada por Sumer y Acad, pero que también puede ser considerada como una época de renovación cultural y de la búsqueda de nuevas vías de expresión artística y filosófica. Describe algunos rasgos de la organización social y de la difícil situación que genera la crisis sociopolítica e ideológica, en que se desarrolla la “literatura sapiencial” que busca meditar sobre los grandes temas de la justicia divina y el destino humano; uno de los textos analizados es la *Teodicea*, traducida al español por el propio Jorge Silva, que refleja una ideología de la resignación.

En cuanto a la literatura pesimista en el Antiguo Egipto, surgida después del debilitamiento y el colapso del poder central, al final del Reino Antiguo, la crisis y la insurrección popular conocida como la Revolución Social está patente en los títulos mismos de textos como: *Las protestas del Campesino Elocuente*, *Disputa sobre el suicidio*, *Diálogo del Desesperado con su alma*, entre otras, como fuentes importantes para el estudio de los movimientos sociales del Egipto antiguo, que dan cuenta de las condiciones sociales y la desesperación y frustración experimentadas por la población. En sus reflexiones finales, Castañeda insiste en que no se trata aquí meramente de ejemplos de creatividad literaria, tal como han sostenido diversos autores, sino de las condiciones histórico-sociales respectivas.

Gregorio del Olmo Lete presenta un texto sobre *Los persas en la Biblia hebrea*, que como otras potencias orientales se hacen presentes en los momentos de conflicto, que las enfrenta con el pueblo de Israel, tratándose de contactos que se califican más bien como desastrosos; los profetas de Israel organizan toda una serie de oráculos contra las naciones que la humillan y la oprimieron, pero como reacción a estas circunstancias negativas se señala que la perspectiva cambia en la Biblia, de manera que Ciro, el Gran Rey Persa, recibe el título supremo que Israel reservaba para sus reyes, considerándolo como Mesías de Yahweh, para Israel, y quien asume un papel importante en la reorganización y salvación del pueblo judío, como unidad étni-

ca y religiosa para la que, según el autor, Ciro puede ser considerado como el creador del judaísmo, y el autor delinea una evolución en el diseño de la imagen de Persia tal y como se perfila en la Biblia, desde el paradigma del mesianismo salvador a su inclusión en la confusa masa de la opresión histórica. Otro análisis basado principalmente en pasajes de la Biblia es el de Daniel Fleming, que se enfoca en diferentes aspectos religiosos y de la cosmovisión en pueblos del Próximo Oriente Antiguo.

Ignacio Márquez Rowe, en su trabajo escrito en francés sobre “El pan, la cerveza y la cultura de Uruk”, opina que aunado al nacimiento de la escritura, en la segunda mitad del cuarto milenio a.n.e., en el sur de Mesopotamia, quizás en la propia ciudad de Uruk, comer pan y beber cerveza definen muy bien la idea de su civilización, apuntalada en un largo procesamiento de granos y en fermentación del alcohol, lo cual, a su vez, daría lugar al desarrollo del arte culinario, que forma la base del régimen alimenticio mesopotámico y, asimismo, es parte importante del sistema de redistribución de raciones. Esto se evidencia, precisamente, en los textos protocuneiformes más tempranos de Uruk y está relacionado con el uso de un determinado tipo de recipientes de cerámica, los cuales testimonian, en palabras de autor, una práctica o incluso una “identidad culinaria de Uruk” poco explorada aún.

El volumen también comprende escritos sobre la construcción social del pasado y algunas empresas anticuarias de reyes mesopotámicos tardíos consistentes en reconstruir edificios o recuperar objetos antiguos, aunque, como destacan Gonzalo Rubio y Joaquín Sanmartín, en sus contribuciones respectivas, al menos en lo que concierne a Mesopotamia, nunca hubo un verdadero género historiográfico, como en Israel, Grecia y Roma.

En el trabajo muy sugerente que presenta Susana Murphey en *The Thinking of Marc Bloch and a New Survey of Ancient Eastern Studies*, el examen del fenómeno de la deportación en sociedades del antiguo Cercano Oriente le sirve a la autora de pretexto para una reflexión teórica acerca de los estudios sobre las sociedades de esta macroárea, los cuales se basan por lo general en análisis filológicos y de información arqueológica, que en los mejores casos llevan a la reconstrucción de las culturas materiales sustentada en estudios bíblicos, pero que, según

afirma ella, no resuelven problemas fundamentales referidos a cuestiones históricas, que plantean relaciones con las culturas analizadas y que deben partir de una cuidadosa observación metodológica, de la que carecen muchas de las interpretaciones de corte histórico, además de que requieren de especificar el aparato conceptual empleado por los científicos sociales para efectuar tales interpretaciones. Murphey subraya la necesidad de usar teorías sociales explícitas y de hacer una revisión entera de las herramientas existentes de investigación; revisión que en su opinión debe comenzar con un nuevo examen de los principales marcos de referencia sociológicos de autores, desde Marx, Durkheim y Weber, aunque —como delata el título de su contribución— ella se inclina más hacia las consideraciones de Marc Bloch sobre las premisas metodológicas y los contextos intelectuales, pero también se apoya en las aportaciones de Pirenne y otros que han recalcado la importancia de elaborar síntesis históricas y de aplicar métodos comparativos, para de esta manera asegurar a la disciplina de la historia un lugar sustancial dentro del mundo de la ciencia. Subraya, por tanto, la necesidad de pensar la historia en un sentido social comparativo y crítico, tal como ha propuesto Bloch, y de vislumbrar una historia holista, para así englobar diferentes aspectos de las sociedades estudiadas, como parte de los temas de discusión. Afirma que el uso de comparaciones permite descifrar el significado cultural de las sociedades analizadas, colocar las diferentes prácticas en sus tradiciones culturales respectivas y descubrir tanto semejanzas como diferencias en ellas, ya que el método comparativo en las ciencias humanas tiene como objetivo principal el manejo de problemas históricos, mismo que —a través de la formulación de hipótesis basadas en la analogía— a su vez permite llenar las lagunas de los documentos y dar cuenta del universo de representaciones mentales de las sociedades y sus manifestaciones en diferentes dimensiones y esferas sociales, así como hacer inferencias sobre las formas de acción y control practicadas en las sociedades estatales respectivas; en este caso, vinculadas con el fenómeno de la deportación en que se vislumbran diferentes maneras de dominación, por parte de las sociedades estatales en cuestión. Recalca la autora que la comparación permite la observación de hechos sociales

como “cosas” que deben ser contextualizadas en su universo cultural, a la vez de ubicar conflictos, establecer problemas nuevos y elucidar así procesos históricos concretos en el seno de lo que parece enmarcarse en una nueva historia cultural o total. Por tanto se trata aquí de una apología por una historia comparada, para llegar a interpretaciones adecuadas (o, diría yo, al menos algo más controladas) puesto que las fuentes disponibles son poco precisas; coincido plenamente con la autora en que efectuar una comparación sistemática de diferentes fenómenos históricos y trazar sus variaciones empíricas en realidades distintas y relaciones específicas redundaría en análisis más ricos y fructíferos, en los que habrá que formular no solamente hipótesis de trabajo específicas, y explicitar los conceptos y las premisas teóricas que guían los análisis en cuestión, sino también plantear claramente los objetivos y limitantes de los trabajos de investigación.

Si bien los trabajos contenidos en este volumen demuestran que es posible hacer aportaciones a tales estudios especializados, desde un contexto hispanoamericano, tal como señalan los propios editores en el prólogo, este mercado es muy limitado debido al desarrollo incipiente de la asiriología en nuestros países. Habrá que encaminar esfuerzos puntuales, no solamente para lograr mayor difusión del conocimiento sobre estas áreas, sino también para motivar a más estudiantes a que incursionen en tales estudios de área y sigan los pasos iniciados por los pioneros desde nuestras latitudes, ya que consideramos que urge la formación de más recursos humanos especializados en los campos de la arqueología, historia, religiones, literatura y arte en sociedades y culturas antiguas de Asia y África en general.

Nos unimos a lo expresado, con palabras en egipcio, por José Carlos Castañeda en su contribución, en la que se percata de la amplia influencia intelectual recibida de Jorge Silva, quien a través de este valioso volumen recibe un muy merecido homenaje, deseándole al profesor: ¡Vida, toda prosperidad, toda estabilidad, toda salud y alegría en el corazón!

WALBURGA WIESHEU
Escuela Nacional de Antropología e Historia

FLORA BOTTON (coord.), *Historia mínima de China*, México, El Colegio de México, 2010, 356 pp.

Daniel Cosío Villegas comentó una vez que la *Historia mínima de México* es lo mínimo que un mexicano debería saber de su historia. De igual manera, esta historia de China es lo mínimo que una persona interesada en el mundo debe saber de China. Esto no significa que sea una tarea fácil: tanto para confeccionar un libro de este tipo —una amplia síntesis— como para asimilar su contenido, el esfuerzo requerido es grande. Cuando se hizo la *Historia general de México*, y posteriormente la de la vida cotidiana, la de la educación en México y de otros temas, el desafío que fue condensar siglos de información en pocas páginas desesperó a los autores más ecuanímes. Sin embargo, pocos historiadores han enfrentado un reto igual al aceptado por Flora Botton, Walburga Wiesheu, Alberto Galvany, José Antonio Cervera Jiménez, Eugenio Anguiano Roch y Romer Cornejo, seis investigadores que en 12 capítulos lograron recorrer más de dos millones de años. Los conocimientos geográficos, étnicos, antropológicos, genealógicos, militares, científicos y filosóficos necesarios para llevar a cabo esta empresa son abrumadores. En esta ilustre media docena de autores, todos menos uno están estrechamente relacionados con el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

Decir que como lectora primeriza de temas chinos pude asimilar toda la información del libro sería una mentira. Solamente me quedé con algunas pocas impresiones. Me pareció la historia de China como una enorme liga que se estira y se afloja. Geográficamente, el país se agranda y se achica. La tierra se divide entre enormes propiedades o se reduce a pequeñas parcelas o comunas. El gobierno se centraliza y domina la política, luego se fragmenta; los militares imponen la ley del más fuerte o son tan débiles que hace falta contratar mercenarios; se imponen impuestos brutales y tributos a los pueblos vecinos o se les paga protección para que no invadan; se favorece a los eunucos o a los burócratas, al budismo o al confucianismo; los gobiernos toleran a los extranjeros y otros cultos religiosos o son xenófobos, dogmáticos, formalistas e intolerantes. Es más fuerte la aristocracia, luego pasa el poder al gobierno

central y años o siglos después regresa a la aristocracia. Se repite el ir y venir del péndulo innumerables veces; al mismo tiempo, hay constantes. Los campesinos casi siempre pierden; entre más pobres, más impuestos deben soportar; son pocos los tiempos de respiro para ellos. Muy extraño es el hecho de que cada vez que hay un gobierno interesado en la cultura y en impulsarla, termine siendo despótico, intolerante, gastador, descuide la agricultura, la irrigación, el ejército y termine en bancarrota. Parecería que promover la cultura era incompatible con un gobierno que al mismo tiempo siguiera políticas que aseguraran el bienestar de sus súbditos y la supervivencia de la dinastía. Otra constante son las invasiones desde el norte. Casi todos los imperios, según apunta el texto, terminaron siendo invadidos por los bárbaros del norte, más aguerridos que los civilizados y cultos chinos del centro o del sur, o por lo menos fueron derrumbados por revueltas que empezaron en el campo. El desprecio hacia los comerciantes es un tema recurrente a lo largo de la historia aquí contada y son varios los autores que se preguntan si esto tiene que ver con la falta o el poco desarrollo del capitalismo.

De lo mucho que enseña el texto al novato en la materia siguen unos ejemplos: “El rito aparece como la verdadera clave del sistema tradicional chino [...] es el rito y no el derecho [...] lo que articula y estructura la totalidad del cuerpo social. Esa diferencia entre rito y derecho es uno de los rasgos que permiten observar el contraste entre la civilización china y la occidental”. La doctrina del legismo o legalismo, que sustituye el espíritu ritual por un principio objetivo y absoluto de la ley, lleva a un fuerte grado de intolerancia. Los legalistas rechazaban la bondad innata del ser humano; creían que “basta con disponer totalmente de su vida mediante la facultad de castigar con extrema severidad las acciones que no se ajusten a la voluntad del soberano” para que funcionara el gobierno y la sociedad. Suena peor que las dictaduras modernas. Otra novedad para esta lectora fueron los aspectos positivos de la conquista de Gengis Khan.

También llaman la atención los grandes desastres, sobre todo las hambrunas, cuyo resultado era la inanición de millones de seres humanos. En algún momento se afirma que murió la mitad de la población, calamidad mayor que la mortandad pro-

vocada por la peste bubónica en Europa. Las inundaciones y las deportaciones masivas por razones militares o políticas, por conquistas o por magnos proyectos de construcción como la Gran Muralla, hacen entender que nadie realmente es de donde dice que es. Los antepasados fueron obligados a trasladarse grandes distancias, a un costo terrible en vidas humanas. El haber reunido un ejército de 600 000 hombres de infantería en el siglo VII a.n.e. parece increíble. Las rebeliones cobraron víctimas como si se tratara de la Primera o Segunda Guerra Mundial: “varias decenas de millones de personas” murieron al principio del siglo XIX en la rebelión Taiping.

Se habla de varios factores que unificaron a China desde tiempos muy tempranos: un sistema de pesas y medidas, el papel moneda, el desarrollo de carretas y carreteras, la escritura. Los autores rememoran los cuatro grandes inventos chinos: el papel, la imprenta, la brújula y la pólvora, usada en las minas chinas casi 700 años antes que en la Nueva España; el desarrollo de la pintura “típicamente china”, y cómo estos inventos y estilos llegaron a Occidente, vía la India, Persia o los musulmanes.

Se encuentra en el texto una mención de la plata mexicana, que obliga a cuestionar a los historiadores económicos que confían en los registros oficiales de exportación. Cuando en 1841 China cedió Hong Kong a Gran Bretaña, aceptó pagarle “una indemnización de guerra de 6 millones de dólares mexicanos” (p. 236), seguidos por otros 21 millones. Es una enorme cantidad de plata, cuya salida de la Nueva España confirma el tremendo contrabando que existía desde la época virreinal. Jamás se registraron oficialmente cantidades tan grandes destinadas al Oriente. Con razón se calcula que las dos quintas partes de la plata mexicana dejaban de pagarle derechos al rey o al Estado. Es un ejemplo de cómo la historia de un país ayuda a desentrañar la de otro.

La *Historia mínima de China* es un libro muy cuidado, bien impreso, con mapas que ayudan a entender la complicada geografía de China; sin embargo, siempre hay detalles que se pueden modificar. Para el no iniciado en la geografía y la política chinas, los detalles cronológicos de las dinastías, en el primer capítulo, son agobiantes. No hay manera de recordar quién es quién y en qué orden. Aprender una nueva geografía, cronolo-

gía, nombres de personas, grupos étnicos y no confundir términos similares es la tarea de cualquier lector que se acerca con seriedad a tierras lejanas y culturas desconocidas. En este libro tal vez se hace excesivo hincapié en la enumeración de las dinastías. Las tres divisiones de los Shang, entre los siglos XVI y XI a.n.e., más los 23 nombres de los soberanos Shang apuntados por el historiador Sima Quin del periodo Han, me hicieron entender que no iba a dominar nunca “Las etapas de la pre y proto-historia en China”, como se titula el capítulo. Pero, por otro lado, no se olvida tan fácilmente que hayan encontrado restos de arroz silvestre de 14 000 a 9 000 años de antigüedad, correspondientes al Neolítico Temprano, y una vasija todavía más antigua, de 15 000 años a.n.e. Nuestro Hombre de Tepepan, que resultó ser mujer, vivió apenas hace unos 7 000 años, mientras que el Hombre de Pekín lo hizo hace 600 000. Las gallinas tuvieron en China “la domesticación más antigua de cualquier ave de corral en el mundo”, dice el texto, y para satisfacer todavía más el gusto del lector por los detalles está el dato del dragón representado en un adorno de jade en esa lejana época.

A lo largo del texto se dedica mucho más espacio a la historia política que a la social. Esto es, sin duda, cuestión de gustos; aunque es más accesible para el lector medio, no especialista, retener en la memoria las noticias acerca de la manera de vivir. Escasean las referencias acerca de las casas, la ropa o qué es lo que comían en distintos momentos. Dice el texto que “la gente rica vivía en casas de uno o más pisos con patios interiores, su mobiliario era escaso y separaban los ambientes con biombos; en vez de sillas tenían tarimas sobre las cuales se sentaban arrodillados y usaban mesas bajas”. Esto parece corresponder al siglo XX, pero aquí se habla de un periodo que va del 200 antes de nuestra era hasta el año 200; no hay noticias posteriores en cuanto a casas o ropa. Afortunadamente se menciona la influencia de alimentos americanos como maíz, papas y cacahuates en la dieta. Pero antes de su llegada no sabemos qué comieron los distintos pueblos y eso que China tiene una historia culinaria milenaria. Hay cifras demográficas sorprendentes. Pensar en ciudades de un millón de habitantes y otro millón extramuros durante la dinastía Tang (618-907) es alucinante. ¿Cómo convivían, manejaban el de-

sagüe, las enfermedades o cómo enterraban a sus muertos? Se menciona varias veces a las mujeres, las épocas en que tenían más o menos derechos. Aparte de decir que los pies deformes eran considerados como el colmo de la belleza, hubiera sido fascinante saber cómo se originó semejante idea y cómo las mujeres permitieron someterse a esa tortura que les provocaba dolores a lo largo de toda la vida. (Ni el deformar el cráneo de los niños en Yucatán tenía un resultado tan nefasto para la salud.) Se quemaba a las viudas en China, igual que en la India, rito que siempre impresiona a los occidentales.

Como en tiempos prehispánicos en México y como en los países árabes, una mujer no debía salir de su casa si no iba acompañada por el marido o un pariente. No puede uno dejar de agradecer a los comunistas haber puesto fin a esas prácticas. Pero curiosamente el último texto del libro no habla específicamente de la política de un solo hijo, lo que aumentó el infanticidio de niñas recién nacidas. El autor explica que hubo cambios llevados a cabo por el Partido en distintos momentos, sin explicar cuáles fueron. En su capítulo, igual que en el primero del libro, y para aligerar la lectura, se podrían eliminar algunos detalles. Por ejemplo, en una historia mínima tal vez no sea necesario decir que una carta fue dirigida a Mao exactamente el 6 de junio de 1966 de parte de la clase número 4 del tercer grado de la preparatoria de la Escuela Secundaria Femenina núm. 1 de Beijing. Cuando se habla del darwinismo social como motor de la evolución de las sociedades, parece contradecirse la ideología tras el Movimiento 4 de Mayo y las “políticas económicas radicales voluntaristas”. ¿Qué tan voluntaristas eran?

La *Historia mínima de China* subraya, sin que haya sido intención de los autores, los patrones tan extraordinarios de generación y regeneración que son la esencia de su larga vida. Es un texto pionero, con un enfoque mexicano, que ofrece una visión de conjunto de una sociedad milenaria, fragmentada, en continuo proceso de renovación. Que sea bienvenida al acervo bibliográfico-histórico de los lectores hispanoparlantes.

ANNE STAPLES
Centro de Estudios Históricos
El Colegio de México

JOSÉ LUIS LEÓN MANRÍQUEZ (coord.), *Historia mínima de Corea*, México, El Colegio de México, 2009, 262 pp.

La obra *Historia mínima de Corea*, publicada por el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, es una respuesta a la necesidad cada vez más creciente, entre los analistas en ciencias sociales y, particularmente, entre los estudiosos de la realidad internacional, de conocer y profundizar en el estudio de la Península Coreana.

El crecimiento económico, financiero y comercial que actualmente se despliega en el Este asiático, especialmente en China, Japón e India, engloba también a la Península Coreana, sobre todo a Corea del Sur. Se suman los conflictos recientes entre las dos Coreas y las tensiones generadas por los experimentos con armas nucleares, por parte de Corea del Norte, situación que tiene impacto no sólo en la región asiática, sino también en escala internacional.

No extraña, en consecuencia, el renovado interés mundial por conocer el presente y la compleja historia de esta región de Asia, que, debido a su geografía y a las distintas intervenciones en su territorio, por otras potencias, a lo largo de su historia ha sido percibida como “un camarón entre las ballenas”.

No hay duda de que la Península Coreana es un actor importante en el escenario político y económico del Este asiático; hoy dividida en Corea del Norte y Corea del Sur, es un foco permanente de atención, no sólo regional, sino mundial.

Dado el enfoque histórico, político, económico, antropológico y de relaciones internacionales con el que se aborda el estudio de la Península Coreana, la lectura del libro puede ser valiosa, tanto para especialistas en estas disciplinas como para alumnos y para cualquier persona interesada en conocer el pasado y el presente de este espacio geográfico en el Sudeste de Asia.

Uno de los atractivos del libro es que la temática es abordada desde una visión más cercana a la cultura coreana y distinta de los estudios sobre Asia que históricamente han sido escritos, con una visión preponderantemente europea. Esto permite una aproximación distinta hacia Corea y una mejor comprensión de su origen, de sus formas de pensamiento, sus creencias, su

organización social y de la forma como ha estructurado sus vínculos con el exterior.

La estructura del libro, que parte de los antecedentes prehistóricos coreanos, compila una breve pero completa narración de su evolución hasta el presente, y de sus dos realidades: Corea del Norte y de Corea del Sur. La obra nos muestra, en una visión panorámica y sintética al mismo tiempo, los avatares del desenvolvimiento histórico de esta región: sus orígenes, sus mitos, sus creencias, sus símbolos y las dificultades en la conformación de sus formas de identidad.

Paralelamente, los autores abordan, desde distintos enfoques de carácter político, económico y de relaciones internacionales, las condiciones que generaron los distintos grados de desarrollo político, económico e ideológico entre las dos Coreas después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y posterior a la Guerra de Corea (1950-1953), hasta sus logros y desafíos del presente.

Las diferencias entre estas dos naciones, Corea del Norte y Corea del Sur, en sus estructuras comerciales y financieras, sus mecanismos de organización política, su sistema científico-tecnológico y educativo, su ideología, sus conflictos o sus nexos con la región y con las demás naciones, son descritas a lo largo del libro, lo que nos permite tener una visión más completa de las coordenadas políticas y económicas que operan en la Península Coreana, y también medir su impacto en la región del Este asiático en su conjunto.

En la primera parte del libro, Silvia Seligson, a través de su artículo "Desde los orígenes hasta finales del siglo XIV d. C.", nos introduce, con una mirada antropológica y de largo alcance en el tiempo, a la historia y la cultura coreana, desde sus orígenes, en la época paleolítica, hasta finales del siglo XIV; analiza también sus formas culturales, sus mitos, sus símbolos, sus distintas formas religiosas y las características de su organización sociopolítica.

La investigadora describe, en forma sintética, los principales rasgos de la construcción política y social coreana durante el periodo de los Tres Reinos. El primero, abarca del año 300 a 668, cuando se consolidó su organización política; posteriormente, la evolución del Reino Unificado de Shilla (668-935), bajo

el linaje Kim y hasta la dinastía Koryo, dividida por periodos que abarcan desde Koryo Temprano, en 918, hasta finales del siglo XII, y Koryo Tardío, desde esta fecha hasta su caída, en 1392.

Según Silvia Seligson existen multitud de mitos y símbolos en Corea, pero quizás el mito fundacional más importante sobre el origen de la identidad coreana es el de Tangun, quien fue el legendario progenitor del pueblo coreano y fundador de *Choson*, el primer reino arcaico en la península, que se remonta al año 2333 a.n.e. El sorprendente mito relata, en palabras de la autora:

Hwan-ung, hijo del Dios supremo del cielo, deseaba gobernar y llevar la cultura a la humanidad, por lo que descendió a la Tierra y apareció bajo un árbol en la montaña Taebaek. Un oso y un tigre le pidieron que los convirtiera en humanos; sólo el tigre pasó la prueba y se convirtió en mujer, y tuvo un hijo con Hwan-ung, llamado Tangun Wanggom, quien fundó la nación coreana y gobernó, según cuenta la leyenda, por 1500 años.

Parece indudable que este mito fundacional ha sido parte central en la conformación de la identidad cultural coreana y que fue un importante apoyo de identidad para los coreanos durante la invasión japonesa.

Para Alfredo Romero Castilla, como lo describe en su ensayo “De *Choson* a *Chosen*; unión y fractura de la nación coreana”, la fuerte influencia china en el origen de Corea —en la construcción de su cultura, en el idioma, la organización política, el arte y la religión, como país tributario o hermano menor, en la órbita confuciana del antiguo “Reino de en medio”—, las posteriores invasiones —especialmente del colonialismo japonés, de la injerencia de las potencias estadounidense y rusa—, y la partición del país en dos sistemas económicos políticos e ideológicos, han dificultado la construcción y definición de su identidad.

Para este académico, comprometido desde hace largo tiempo con el estudio de Corea, los orígenes más remotos de la Península se relacionan con las tribus nómadas altaicas de las estepas de Asia Central, que se extendieron desde Siberia, Mongolia y Manchuria hasta Corea, en un intenso proceso de for-

mación cultural, que comprende la presencia de distintos grupos tribales.

Éstos fueron fusionándose paulatinamente, hasta empezar a construir los Estados primigenios, que del siglo IV al X formaron los tres reinos: el Reino unificado de Shilla, en 676, y posteriormente la dinastía Koryo (que en 918 anuncia la unificación política), hasta culminar en la dinastía Choson (1393-1910).

Para este autor, la fundación de la dinastía Choson permitió consolidar un Estado unificado, con un sistema político de carácter neoconfuciano, influido por China y vinculado a ella a través del sistema tributario, que le ofrecía cierta autonomía. Esta situación perduró 500 años, durante los cuales se efectuó la construcción de las estructuras sociales, políticas y culturales que sirvieron para la formación de su identidad nacional.

Para Alfredo Romero, las distintas fuerzas sociales que conformaron la Península Coreana adoptaron posiciones encontradas ante la amenaza externa. Esta dispersión acabó por bloquear la construcción de un frente nacional unificado capaz de resistir la intromisión extranjera. Esta situación, según el autor, abrió la puerta para que Japón hiciera de Corea una colonia, entre 1910 y 1945, a la que le impuso la acepción japonesa de su nombre coreano, *Chosen*, y a la que forzó a un proceso de modernización capitalista. Todos estos hechos provocaron fisuras entre el pueblo coreano, que trastornaron su existencia, y cuyo efecto más nocivo fue la fractura de la identidad nacional.

Desde una perspectiva de análisis de carácter político y de las coordenadas analíticas de las relaciones internacionales, plasmadas conjuntamente en la reflexión “El rompecabezas coreano de la posguerra, legado colonial, liberación, división y guerra (1945-1953)”, Juan Felipe López Aymes, Alfredo Romero Castilla, Alejandro Escalona Agüero y José Luis León Manríquez analizan, con precisión y en forma clara, la historia coreana a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial; incluyen el legado colonial japonés, la liberación y división, y la guerra civil. Para estos autores es difícil comprender las dos Coreas sin conocer sus antecedentes.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la rendición de Japón, se puso fin también al dominio colonial japonés sobre

Corea; los siguientes 13 años, según los autores, fueron un turbulento proceso de reencuentro, redefinición nacional y también de división. Fue un periodo en el que se discutió la reconstrucción nacional, que acabó bifurcándose en dos corrientes ideológicas que determinaron posiciones antagónicas y desembocaron en la división no sólo territorial sino también política y social.

Como señalan los autores de este capítulo, antes de poner a prueba los planes de Corea, de organizar la recuperación del país después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética derrotaron a Japón y pusieron fin a su régimen colonial en Corea; en este sentido, la llamada liberación no fue tanto obra de los coreanos, sino de la aparición fortuita de los intereses de Estados Unidos y de la URSS, quienes contribuyeron a frustrar la formación de un Estado coreano libre e independiente.

Posteriormente, la división formal y la Guerra de Corea no sólo instituyeron dos Estados con regímenes antagónicos; también quebrantaron la unidad nacional de 1500 años, lo que hace pensar a estos investigadores que, aunque la historia de Corea ha vivido largos periodos de estabilidad —por ejemplo, la era *Choson*—, la unidad sociopolítica ha sido más una excepción que la regla.

A partir de la división de la Península Coreana en Corea del Norte y Corea del Sur, en 1950, después de la Guerra de Corea, se inicia la etapa moderna de reconstrucción. Con precisión y gran capacidad de síntesis, José Luis León Manríquez y Juan Felipe López Aymes abordan en su artículo, “Corea del Sur”, el análisis moderno de la región sur de la Península, desde un enfoque político y económico, y bajo las coordenadas analíticas del enfoque de las relaciones internacionales.

Para estos autores, la exitosa inserción de Corea del Sur en el sistema productivo internacional, en la segunda mitad del siglo xx, es un caso paradigmático de desarrollo económico, dentro del cual el Estado jugó un importante papel, en la dirección de la economía y en la conformación de instituciones políticas y económicas, que contradice la opinión de algunos analistas, quienes sostienen que el éxito de Corea se debió a la aplicación de políticas neoliberales.

En la primera parte se analiza el periodo que corre desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1953, hasta la caída del régimen de Sygman Rhee, en 1960, que es el primer intento de reconstrucción. La segunda parte estudia la rápida transformación económica, que ocurrió en el periodo 1961-1979, bajo el régimen autoritario de Park Chung Hee. La tercera parte se concentra en los procesos de liberalización económica y la prolongada transición democrática. La cuarta parte se centra en el análisis de la crisis de 1987 y el triunfo de la oposición; y la última parte hace un recuento del periodo de Roh Moo-Hyun, en el que se consolida el proceso de apertura económica y política.

En esta parte final del libro, Alejandro Escalona Agüero nos introduce, a través de su reflexión "Corea del Norte", en la historia de la República Popular Democrática de Corea, a partir de la Guerra de Corea, entre 1950 y 1953, y la división definitiva entre Corea del Norte y Corea del Sur.

No hay duda alguna de que hoy Corea del Norte es un centro permanente de atención mundial, por las características de su sistema económico-político, sus ensayos nucleares, sus constantes conflictos con Corea del Sur, sus tensiones con Japón y sus negociaciones sobre el tema nuclear con Estados Unidos y China.

Esta lectura cubre esa inquietud, ya que proporciona amplia información y análisis sobre la historia, la evolución, el sistema político-económico, la ideología, las alianzas, las tensiones y los desafíos que enfrenta actualmente la República Popular Democrática de Corea.

Para Escalona Agüero, ambas repúblicas han seguido trayectorias diferentes en forma paralela, pero con modelos de desarrollo distintos; sin embargo, es claro que, pese a sus diferencias, no se podría entender la historia de cualquiera de ellas sin tener en cuenta a la otra.

En forma sintética, nos describe cómo fue creada la República Popular Democrática Coreana, en 1948, y cómo fue dirigida con el modelo socialista, por el "Gran Líder Kim Il-Sung", durante 50 años, y posteriormente, a partir de 1994, por su sucesor, Kim Jong-Il.

Escalona Agüero también aborda las crisis y amenazas que ha enfrentado la nación y sus dificultades para sostener su sis-

tema económico, que para continuar requiere de nuevas estrategias y reformas.

Finalmente, el autor describe las tensiones actuales que tiene Pyongyang con Corea del Sur, y afirma que, históricamente, estas dos naciones han tendido más al diálogo que al enfrentamiento, como puede observarse en las políticas denominadas “Brillo de Sol”, en 1997.

No obstante, la tensión persiste, no sólo con Corea del Sur sino con Japón y Estados Unidos, debido a sus ensayos nucleares. Concluye que las presiones externas, su sistema económico ineficiente y la dependencia hacia su líder Kim Jong-il son actualmente factores de alto riesgo para la sobrevivencia de la República Popular Democrática Coreana.

Para finalizar, cabe destacar que la lectura del libro *Historia mínima de Corea* es obligada para aquellas personas interesadas en el conocimiento de la historia antigua y reciente de la Península Coreana, o para aquéllas que, al conocer esta región del Este asiático, les interese profundizar en el análisis de los matices antropológicos, políticos, económicos o culturales de la compleja, interesante y sorpresiva historia y realidad contemporáneas de Corea del Norte y Corea del Sur, que ofrecen los autores de esta obra.

GRACIELA PÉREZ GAVILÁN

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco